

creció de día en día; é influían igualmente en los negocios civiles y en los militares. En fin, ellos fueron para los descendientes de Saladino lo que en otro tiempo los turcos para los califas que los habian llamado á su servicio. Hicieron temblar á sus soberanos, y los inquietaron con frecuentes rebeliones, y mas atrevidos que los kurdos se apoderaron del trono, al rededor del qual no dexaba de haber una gran tempestad hacia ya tiempo.

Era Bibars el quarto príncipe que le ocupaba despues de la revolucion; habiendo arrojado de él á Koutouz, á quien degolló de un sablazo, en venganza de la injusticia que le habia hecho dando á otro emir el gobierno de Alepo que le habia prometido. Su valor, su pericia militar, y su extremada actividad, le habia adquirido mucha reputacion en el reynado de su antecesor. Habia suspendido los progresos de los mogoles, quando solo mandaba como general las tropas mahometanas. Sus sucesos contra ellos no fueron ménos brillantes desde que fué soberano. Inflamado de los deseos de justificar su elevacion, y de mostrarse digno del lugar adonde su audacia le habia sublimado; continuó la guerra con tanto ardor y corage, que llegó á arrojar los mogoles de todas las ciudades que habian tomado, y á despojarlos de todas las conquistas que habian hecho en los países de Saladino y de los príncipes de su casa. Desde que subió al trono de Egipto hasta su muerte no dexó las armas, atacó sucesivamente todos los generales del kan del Mogol; y todos los cuerpos de tropas que los francos, unidos con ellos por intereses para destruir la potencia de los musulmanes, habian puesto en campaña. Nada le resistió: tan diestro era en juntar la prudencia de las medidas al vigor de la execucion. Forzó los puestos, cuyo ataque era mas difícil, tomó las fortalezas mejor defendidas, una multitud de ciudades, y asoló el territorio de aquellas, cuyo sitio le hubiera ocupado mucho tiempo. En fin, este príncipe, el único capaz de oponer una barrera á los progresos de los gengiskandidos, tuvo la gloria de entrar vencedor en la Armenia, en donde hizo un inmenso botin, y de donde llevó una muchedumbre de cautivos, entre ellos á su rey, fiel aliado de los mogoles y de toda su familia. El reyno de Nubia, situado entre el Egipto y el mar rojo, cuyos pueblos jamas se habian sometido á nin-

gun extranjero, reconoció su dominio; y el rey de aquel país fué conducido al Kairo cargado de cadenas. Por último los francos, que habian esperado resarcir sus pérdidas aliándose con el Mogol, hallaron en él otro Saladino que apresuró su ruina con las victorias que le ganó. Murió este príncipe en 1277, despues de haber reynado cerca de 19 años, dexando el imperio de los mamelucos tan bien consolidado, que fueron menester los mas violentos golpes para trastornarle. Aun tendremos ocasion de referir las hazañas de este conquistador quando hablemos de las últimas cruzadas.

### ARTICULO III.

#### *Estado de la Europa y de las potencias de Occidente.*

La Europa christiana, que por la influencia del sistema feudal, y por las funestas querellas del sacerdocio y del imperio, era hacia tanto tiempo el teatro de continuas guerras, fué mas agitada que nunca durante este siglo. Se vieron sucesos extraordinarios, y hechos mas atroces que los que habian visto los siglos anteriores. Ya hemos indicado que por la reunion de diferentes causas fisicas y morales habian recibido los ánimos una nueva impresion que los conducia á empresas peligrosas, y á aquellas en que la opinion hallaba mucha gloria; porque ofrecian grandes obstáculos en vencerlas, y que se dexaba ver el valor y la intrepidez en los que las emprendian. El gusto de la independenciam y el atractivo de lo maravilloso se combinaban con las preocupaciones del tiempo, y con los principios de la caballeria, y las máximas de honor que se habian adoptado en todas partes; de todas estas causas resultaba una mezcla de grandeza romancesca y de valor heroico, que necesariamente debian ser principio de acciones interesantes por sus circunstancias y consecuencias.

Comencemos por la Alemania: estaba dividida al fin del doceno siglo entre tres competidores que aspiraban al imperio, y que tenian cada uno títulos bastante poderosos para procurar sostenerlos con las armas, y hallar defensores prontos á entrar en sus intereses. El primero de estos era Federico II., hijo del emperador Henrique VI.,

á quien su padre habia hecho elegir rey de romanos en 1196, y de Sicilia el año siguiente. El segundo Felipe, duque de Suavia, tio y tutor de Federico, electo por algunos príncipes alemanes, y coronado en Maguncia en 1198. El tercero, en fin, Oton IV., duque de Saxonia, declarado rey de romanos por los grandes del imperio que no habian tenido parte en la eleccion de Felipe, y consagrado el mismo año en Aquisgran. Alexandro III. habia favorecido la elevacion de este último, y parecia dispuesto á sostenerla por todos los medios que los pontífices romanos acostumbraban emplear algun tiempo habia en sus desavenencias con los príncipes. La causa de la propension de Alexandro hácia Oton, y de la preferencia que le daba sobre sus competidores, era haberle prometido este príncipe restituir á la santa sede los bienes alodiales de la condesa Matilde, que hasta entónces habian sido el asunto de tantas contestaciones entre los papas y emperadores. Federico, que solo tenia 3 años á la muerte de su padre, no podia sostener sus derechos fundados en una eleccion legítima y anterior á las de sus rivales. El papa se habia declarado tutor suyo por lo tocante al reyno de Sicilia, por cuyo medio el pontífice aseguraba mas y mas la soberanía de la santa sede sobre una corona, cuyo heredero debía mostrarse reconocido de haber hallado un protector en la cabeza de la Iglesia. Si tales fueron los motivos de la generosidad de Alexandro para con su pupilo, en lo sucesivo veremos cómo le correspondió Federico, y con qué gratitud pagó á sus sucesores.

Felipe y Oton, que por su edad y su poder se hallaban en estado de hacer valer sus derechos, tomaron las armas para sostenerlos. El papa, que al principio se habia declarado contra Felipe, y que aun le habia excomulgado, se habia cambiado en su favor por motivo de interes personal; habiendo propuesto este príncipe casar una de sus hijas con Ricardo, hermano del pontífice, y de darle en dote las tierras de la condesa Matilde. En este nuevo estado de las cosas hubiera Oton hallado obstáculos difíciles de superar si Felipe hubiera vivido. Pero muriendo este príncipe asesinado en 1208, asegurado su rival en su dignidad por los sufragios de los príncipes alemanes, y confirmado por el papa, se vió algun tiempo sin adversario. En medio de esto, Federico crecia en edad, y su

talento político y militar, que le hizo tan célebre en lo sucesivo, empezaba á manifestarse. Por otra parte Oton, desgraciado en sus empresas, y batido en Bovina con sus aliados por Felipe Augusto, habia caído en desgracia de Alexandro III. porque diferia cumplir su promesa acerca de los bienes de la condesa Matilde. Excomulgado por el papa, y poco despues abandonado de todo el mundo, se contentó con sus estados hereditarios, y dexó al jóven Federico la corona de Germania, y el cetro imperial que de nuevo empuñó por el concurso de los señores, de los prelados y del pontífice.

El papa habia coronado á Federico, á quien consagró en Roma en 1220 Honorio III., sucesor de Alexandro, con la condicion de cumplir el voto que habia hecho de pasar al Asia para emplearse con los demas príncipes christianos en el recobro de la tierra santa. La ilustrada política de Federico le hacia diferir algunos años habia el cumplimiento de este voto, previendo que sus enemigos, y tal vez el papa el primero, se aprovecharian de su ausencia para atacar sus dominios y suscitarle embarazos, tanto en Alemania como en Italia. Sin embargo, instado de Honorio, y despues de Gregorio IX., que le habia sucedido, y temiendo las armas que aquel tiempo los pontífices tenian casi siempre en la mano, pasó á Brindis con sus caballeros, y un ejército para ir al socorro de los christianos de Oriente. Pero habiendo acometido á su ejército una epidemia de que él mismo no pudo libertarse, volvió atras, y se vió obligado á hacer alto en Otranto. Gregorio, no ménos absoluto ni interesado por la silla apostólica que aquel Hildebrando, cuyo nombre habia tomado al subir á ella, miró la enfermedad del emperador como un pretexto, y tratándole de perjuro fulminó contra él los rayos de la Iglesia. Creyó Federico sin duda que aquella excomunion solo era una censura conminatoria, cuyo objeto debia ser impedir abandonase la cruzada; pues luego que se restableció, se embarcó y abordó al puerto de Acre con el designio de emplear sus armas en defender los christianos de Siria y Palestina. Pero habia juzgado erradamente de la intencion de Gregorio, cuyo carácter imperioso aun no conocia. En efecto, este papa envió en su seguimiento dos frayles menores, para prohibir á los christianos de Asia la union con él, y ordenarles le trata-

sen como á excomulgado. Las órdenes del papa se executaron, y nadie osó juntarse para combatir con los infieles. Supo asimismo que el papa habia hecho entrar un ejército en sus estados de Italia, en tanto que habia pasado tan lejos á oponerse á los enemigos de la fe. Esta noticia desagradable le obligó mas que nada á concluir con Meledino, sultán de Egipto, un tratado, por el qual se le cedían la ciudad de Jerusalem, sus distritos y otras varias plazas. Juan de Briena, que era su suegro, y á quien Gregorio IX. habia dado el mando de las tropas que desolaban sus estados en la Italia, le habia dexado sus derechos al trono de Palestina. Habiendo hecho reales las pretensiones del tratado que acabamos de citar, quiso Federico tomar la posesión del reyno que acababa de adquirir. Y habiendo ido con esta intencion á la Iglesia del santo sepulcro, y no presentándose ningun prelado para darle la corona, á causa de su excomunion, él mismo la tomó de encima del altar, y se la ciñó. Desde entónces juntó el título de rey de Jerusalem á las demas dignidades suyas.

Lo que pasaba en Italia no le permitia mas larga mansion del otro lado del mar. Se restituyó, pues, á Europa; y habiendo su presencia intimidado á sus enemigos que conocian su experiencia y habilidad en el arte de la guerra, hizo la paz con el papa, y entrar en su deber á todos los que habian abusado de su ausencia, reparando los desórdenes que ella habia causado. La Alemania y la Italia hubieran gozado de la calma restituida, si la ambición de los soberanos una vez inflamada supiese contenerse en sus justos límites. Suscitáronse nuevas desavenencias entre el papa y el emperador, con motivo de la Cerdeña, que este último dió con el título de rey al príncipe Eucio, su hijo natural. Miró el papa esta disposicion como un atentado contra los derechos de la santa sede, cuyo feudo pretendia ser la Cerdeña como todas las islas del mar de Italia. La querella del sacerdocio y el imperio se renovó con mas viveza que nunca, llevada por ambas partes con todos los excesos de la intrepidez mas irreconciliable. Las ciudades de Lombardia se sublevaron, las facciones de los güelfos y gibelinos, unos adictos al papa, y otros al emperador, se armaron unos contra otros con todo el furor de las guerras civiles; toda la Italia ardió bien presto, y los demas estados de la Europa escandalizados ó turbados con es-

tas funestas divisiones, tomaron parte en ellas, ó como mediadores, ó como interesados. Gregorio y Federico estaban igualmente animados uno contra otro: éste se miraba como el defensor de los inviolables derechos del trono y de la causa comun de los reyes; y aquel se persuadia combatir por los intereses de Dios y de la Iglesia. Con semejantes disposiciones no podía esperarse que estos dos competidores igualmente irritados, é igualmente zelosos de su poder se reconciliasen.

La muerte de Gregorio IX, acaecida en 1242, quando se preparaba á tener un concilio en Roma para destronar á Federico, no hizo mudar de semblante á los negocios. Inocencio IV., que le sucedió despues de Celestino IV., cuyo pontificado solo duró 16 dias, llevó las cosas aun mas adelante que Gregorio. Excomulgó nuevamente á Federico, que habia fingido reconciliarse con él, y le destronó solemnemente en presencia de los padres del concilio de Leon. Despues de esta sentencia que trastornó totalmente la fidelidad de los vasallos que habian permanecido adictos á Federico en sus demas desgracias, el resto de su vida fué solo una serie de males y de disgustos. Batido y perseguido por todas partes, habiendo tenido durante su vida dos sucesores Baspou, Landgrave de Turingia, y Guillermo, conde de Holanda, y no viendo cerca de sí sino enemigos armados para su pérdida, murió en medio de sus turbaciones en 1250 de edad de 36 años. No dexando á Conrado, su hijo, sino un trono trastornado, derechos echados por tierra, y guerras que sostener contra toda la Alemania y la Italia, sublevadas por la cabeza de la Iglesia, y teniendo en Manfredo, príncipe de Taranto, su hermano, un oculto enemigo mas temible que todos los otros.

Conrado IV., reconocido por algunos príncipes alemanes, pero excomulgado por el papa, no pudo obtener la investidura de los reynos de Nápoles y Sicilia, aunque eran el patrimonio de su casa. Se vió, pues, obligado á conquistarlos, y en esta guerra en que tuvo de su parte la justicia y la fortuna, manifestó el valor, la pericia y la actividad de su padre. Sus felicidades parecian irritar el odio de Inocencio IV., aunque por muchas razones no merecia tener un enemigo en el padre comun de los christianos. Este príncipe, que no carecia de defectos, poseia

talento y virtudes que no siempre son el patrimonio de una alta cuna. Las desgracias de su familia debian hacerle mas interesante, pero los infortunios de los grandes tienen algo que conmueve mas que los del comun de los hombres. Si exerció alguna vez castigos contra sus vasallos rebeldes, cuyo rigor tocaba en crueldad, se le podria hallar una excusa en la necesidad de contener con una severidad mayor de la que se deseaba pueblos siempre prontos á la rebelion. Inocencio IV., bien léjos de mirar á este príncipe con afectos dignos de un pastor sensible á las desgracias de su rebaño, nada perdonó para destruirle. Prodigó contra él las censuras y los anatemas; y las indulgencias, las gracias y el dinero en favor de los que le hacian la guerra. Oponia Conrado á sus enemigos un valor y una capacidad que los hubiera humillado con el tiempo, y sin duda un reynado apacible hubiera sucedido á tanta agitacion, si hubiese vivido hasta el pontificado de Alexandro IV., sucesor de Inocencio, que no tenia las inclinaciones guerreras, ni el carácter inflexible de su antecesor. Pero murió en 1234 despues de 4 años de reynado. Se sospechó que Manfredo habia abreviado sus dias por medio del veneno. La ambicion de este príncipe, que sin rebozo aspiraba á apoderarse del trono de Sicilia, y su proceder con Conradino, su sobrino, cuyo tutor se creyó no haberse declarado sino para oprimirle con mas seguridad, dieron alguna verosimilitud á esta acusacion.

Guillermo, conde de Holanda, á quien se habia elegido por gefe del cuerpo germánico aun viviendo Federico II., sobrevivió solo 2 años á Conrado. Desde su muerte hasta el año de 1273 la Alemania estuvo realmente sin gefe supremo, aunque se hicieron dos elecciones en 1257, la una en favor de Ricardo, duque de Cour-nouailles, hijo de Juan, rey de Inglaterra, y la otra en favor de Alfonso X., rey de Castilla. Ricardo fué reconocido por el papa como rey de romanos; pero no siendo bastante rico para subvenir á los gastos que exígia de su dignidad, tuvo á bien el renunciarla volviéndose á Inglaterra, en donde murió en 1271. Por lo que toca á Alfonso, demasiado ocupado en su guerra contra los moros, no pudo pasar á Alemania á hacer valer su eleccion. Así se consideró todo el espacio que hubo desde la muer-

te de Conrado ó de Guillermo, hasta la eleccion de Rodulfo de Habsburgo, como un interregno. Todo este tiempo fué víctima la Alemania de las divisiones, de las guerras civiles y de todos los horrores de la anarquía. Entónces los grandes del imperio se ocuparon en aumentar su poder, usurpando los derechos del soberano. Muchas grandes ciudades, tanto de Alemania como de Italia, se hicieron independientes, y algunas otras fueron invadidas por diferentes señores deseosos de engrandecerse y atentos á aprovecharse de las circunstancias que las unieron á sus estados.

Estas turbaciones y los estragos que ocasionaban, se terminaron en 1273 por la eleccion que se hizo de Rodulfo, para colocarle en el trono de Germania. Con todo, su eleccion dió lugar á algunas dificultades. Ottocaró, rey de Bohemia, pretendió no haber sido legítima, y que no se habian observado en ella las formalidades que se requerian; y Alfonso, rey de Castilla, sostenia que no se podia pensar en elegir otro emperador mientras él viviese. Uno y otro enviaron embajadores al concilio de Leon, presidido por Gregorio X; el primero pidiendo el imperio, el segundo para hacer valer los derechos que habia adquirido por una legítima eleccion en 1257. Pero Rodulfo se les habia anticipado, y el pontífice habia abrazado sus intereses. La promesa de renunciar á toda soberanía sobre Roma, y poner á la santa silla en posesion del exárcado de Ravena, de la Marcá de Ancona, y del ducado de Spoleto, era un medio bien seguro de obtenerlo todo del papa. Por tanto los competidores de Rodulfo, que no podian ofrecer cosa correspondiente, se vieron obligados á desistir de sus pretensiones. El rey de Bohemia conservó un resentimiento que fué la causa de su ruina, y que vino á ser el primer fundamento de la grandeza á que llegó en lo sucesivo la casa de Austria, cuyo esplendor comienza en el emperador Rodulfo. Ottocaró tomó las armas para vengarse de la preferencia que su rival habia obtenido sobre él, despues de haber sido uno de los criados de su casa en calidad de mayordomo. Pero Rodulfo, á quien su valor y su talento hacian digno de su fortuna, le venció en una batalla, en donde murió. Entre los estados que Ottocaró tenia como feudos del imperio, y que cayeron en poder del vencedor, se contaba el ducado de

Austria, cuya investidura dió Rodolfo á su hijo Alberto, que fué emperador despues de Rodolfo de Nassau, de-  
pues en 1298.

De todos los estados de Europa no fué el reyno de Inglaterra el ménos desolado por las divisiones intestinas y las guerras extrangeras. El principal origen de los disturbios que la agitaron en esta época y las posteriores, fué que la sucesion al trono no estaba como en Francia arreglada por leyes fixas é inviolables. Tal fué tambien la causa de las guerras intestinas de la España; guerras que han producido tantos males y tantos crímenes, y que solo se terminaron con la reunion de diferentes soberanías en un sólo príncipe, cuyo sucesor señala siempre el órden del nacimiento.

Juan Sin-Tierra subió al trono en perjuicio de Artus, su sobrino, que como hijo de Godofre, primogénito de Juan, debia suceder á Ricardo I., si el órden de la primogenitura estuviese establecido por las leyes ó por el uso. Juan no tenia mas que un entendimiento travieso. Labró su desgracia y la de su pueblo guiándose solo por sus caprichos y sus pasiones; toda su vida fué una serie de reveses y de fatalidades, porque no supo sino cometer yerros, injusticias y crueldades, las que creyó reparar con viles procedimientos, cuya vergüenza le hizo aun mas odioso y despreciable. Habiéndose enemistado con el papa Inocencio III., con ocasion de haber este pontífice, contra su voluntad, puesto al cardenal Langton en la silla de Cantorberi, la querella se enardeció por una y otra parte, tanto que el papa puso entredicho á la Inglaterra, excomulgó y destronó á Juan, transfiriendo su corona á otras sienes; quien no hallando un solo defensor entre sus súbditos que habia enagenado de sí, no pudo salir del abismo que se habia abierto sino declarándose vasallo del pontífice romano, y dando el tributo perpetuamente de mil marcos de plata á la santa sede. Dos veces ratificó esta vergonzosa obligacion. La primera en la iglesia de Douvres, y la segunda en Londres en la de san Pablo. Se despojó de la corona que volvió á recibir de mano del cardenal Pandolpho, legado del papa, en cuyo nombre se la dió. Envilecido á los ojos de los grandes y del pueblo por una sumision que degradaba igualmente su dignidad y su persona, solo fué un objeto des-

preciable á toda la nacion. Sus barones se sublevaron contra él, y le hicieron firmar dos famosas cartas, que sirvieron de fundamento para la libertad inglesa, y se conocen con los nombres de carta de las libertades y carta de los bosques. En vano quiso este príncipe revocarlas; en vano el papa, á quien recurrió como á su soberano, las declaró nulas; estas acciones solo sirvieron á aumentar el descontento y la indignacion de los ingleses, que llegaron á destronarle, y poner en su lugar á Luis, hijo de Felipe-Augusto. Juan murió en medio de estas turbaciones en 1216, detestado de la Inglaterra, y menospreciado del resto de la Europa. Mateo de París, historiador ingles y contemporáneo, estimado de todos los sabios por su candor y exáctitud, refiere un hecho que da bien á conocer el carácter de Juan Sin-Tierra. Dice, que al mismo tiempo que aquel príncipe se degradaba á los ojos de todo el mundo haciéndose feudatario del papa, y recibiendo su corona de la mano de un legado; envió embaxadores al miramamolin de los almohades, soberano de los moros de Africa y España, implorando su socorro, y ofreciendo pagarle un tributo, y aun hacerse mahometano. Añade el historiador, que el príncipe sarra-ceno desechó sus ofertas con menosprecio, y declaró ademas, que si él quisiera mudar de religion solo la cristiana abrazaria. Mateo de París confirma su narracion con el testimonio de Roberto, que acompañó á los embaxadores en calidad de secretario.

Henrique III., hijo de Juan Sin-Tierra, solo tenia diez años quando perdió á su padre. Luis de Francia, llamado al trono de Inglaterra por el voto casi general de los grandes y del pueblo despues de la deposicion del difunto rey, era dueño de Londres y de la mayor parte de las plazas fuertes; pero el papa se habia declarado contra él, y este príncipe ya excomulgado por la santa sede, lo fué de nuevo por el legado. En este siglo un príncipe excomulgado tenia contra sí una preocupacion de que aun no podian exímirse los mas sabios entendimientos, y ésta en el pueblo era tan fuerte que sobrepujaba á todos los demas sentimientos. El jóven Henrique, ó mas bien el conde de Pembrok, regente del reyno, hombre de una prudencia y una política consumada, renovó todos los empeños que Juan Sin-Tierra habia contraído con Roma.

A este precio no podia el papa dexar de defenderle y emprenderlo todo por él. En tales conyunturas el príncipe frances no tenía otros medios de sostener sus derechos fundados en la eleccion de todo el reyno, que un ejército poderoso y mucho dinero; pero ambas cosas le faltaron á un tiempo; porque el rey su padre, que hubiera podido proporcionárselas, temió comprometerse con el papa, y atraer su enojo: tan sometidos estaban los mayores monarcas como los otros á las preocupaciones del tiempo, ó tan forzados á lo ménos á no oponérseles abiertamente, aun quando conocian su poca solidez. Luis resolvió, pues, combatir con las pocas fuerzas que tenía, no porque esperase excluir á su rival de la paterna herencia, sino á fin de conseguir una paz honorífica á sí y á sus partidarios. La obtuvo, en fin, con el consentimiento de Roma, que levantó las censuras, y restituyó su gracia á quantos se habian declarado en favor de Luis.

Debía Henrique todos sus prósperos sucesos al zelo y pericia del conde Pembrok. Pero quando hubo perdido este hábil y virtuoso ministro, y que se entregó á los consejos de los lisonjeros, principalmente á los de Huberto de Bourg, el hombre mas ambicioso y embustero que hubo en toda la Inglaterra, estos bellos principios se obscurecieron bien presto; el jóven rey se manifestó tal qual era, débil, caprichoso, inconstante, capaz de todas las malas impresiones, incapaz de pensar y de dirigirse por sí solo, inclinado siempre á los partidos mas violentos, de una codicia insaciable, y dissipador sin economía, lo que reunia violando todas las reglas de la prudencia y la justicia. Huberto de Bourg, que le gobernaba á su arbitrio, le hizo cometer yerros y mas yerros. El mayor, sin contradiccion, fué el de rehusar la execucion de las dos cartas. Era esto atacar á la nacion por lo mas vivo, lo que cada ingles preferia á la fortuna y la vida. El descontento y la rebelion no tardaron en manifestarse. Los barones tomaron las armas; Henrique, que no sabia ni conservar la paz, ni hacer la guerra, recibió la ley de sus vasallos. Estas desavenencias hubieran tenido mas funestas consecuencias, si el príncipe Eduardo en quien se admiraba tanta prudencia y tanto valor, como en su padre imprudencia y cobardía, no se hubieran puesto al frente del ejército. Todo volvió á su antiguo orden por su con-

ducta y su valor. Si la calma que habia restablecido fué aun turbada por algunas borrascas, la inconstancia y ligereza de Henrique fueron la causa; pues este príncipe no se hacia mas circunspecto y reflexivo en lo último de sus dias: se le vió en la vejez ser lo que habia sido en el fervor de la juventud. Falleció en 1272, habiendo llegado á la edad de 65 años, de que habia reynado 55.

A su muerte Eduardo su hijo estaba en Palestina, en donde aumentaba con sus hazañas y una conducta llena de prudencia la reputacion de valor y sabiduría de que ya gozaba. Los barones de Inglaterra, cuyo amor y estimacion se habia conciliado, juraron sobre los altares serle fieles, y nombraron tres de ellos para gobernar el reyno en calidad de regentes hasta su vuelta. No tardó en satisfacer el deseo que tenían de verle. Esperaron gozar en su reynado las dulzuras de un gobierno dirigido por la justicia y la moderacion; y Eduardo hubiera sin duda llenado estas esperanzas á no haber ambicionado la gloria de ser conquistador. Pero la empresa que formó sobre la Escocia, de que queria hacerse reconocer por dueño, fué un origen de guerras que le ocuparon toda su vida. Aunque casi siempre vencedor, y que la superioridad de sus talentos le sugeria arbitrios propios para salir con ventaja de los mas árdulos lances, sus mas brillantes triunfos solo fueron desgracias para la Inglaterra, que agotó de gente y de dinero. Las dificultades que por muerte de Alexandro III. se suscitaron sobre la sucesion al trono de la Escocia, ocasionaron estas funestas discordias. Dos pretendientes, cuyos derechos tenían un origen mismo, reclamaban esta sucesion, de que Eduardo, que disfrazaba sus designios con las apariencias de la imparcialidad, habia resuelto apoderarse. Los dos rivales eran Juan de Bailleul, y Roberto de Brus, ambos sobrinos maternos de David, rey de Escocia, cuyo nieto Alexandro III. no habia dexado hijos establecidos en el reyno. La neutralidad que afectaba Eduardo, y los deseos que mostraba de ver calmar las divisiones de Escocia le hicieron elegir por Juez de esta diferencia. Qué gloria el monarca ingles no hubiera adquirido si se hubiese contentado con el honorífico officio de mediador entre dos competidores, y si lisonjeándose mas de ser el oráculo de las naciones, que de ser su espanto, hubiese preferido al que le pareciese mas capaz

de gobernar á los hombres? cuántas lágrimas y cuánta sangre no habria excusado á los dos reynos de Inglaterra y Escocia?

La conducta que despues tuvo este príncipe ha hecho creer que solo prefirió á Juan Bailleul, á Roberto de Brus, porque el carácter firme y el talento militar de este último le hacian capaz de oponerse á sus proyectos. La ambicion que habia engendrado en el corazon de Eduardo, el deseo de invadir los dominios de un aliado, confiado en su buena fe, le hicieron injusto y cruel, despues de pérfido. Cinco expediciones emprendidas para someter la Escocia, y despojarla de sus privilegios, muchas sangrientas batallas, sitios de plazas y de fortalezas, seguidos del pillage de las casas y de la mortandad de los ciudadanos, una infinidad de combates de menor entidad que acciones generales, y tantos asesinatos y suplicios dispuestos para hacer morir como delinquentes á bravos guerreros que no tenian otro crimen que el de servir á su patria; en fin, todas las violencias y atrocidades que el odio nacional acostumbra producir, son las cosas que las historias de Inglaterra y Escocia nos representan en el reinado de Eduardo. Este príncipe no pudo aun llegar al cumplimiento de su designio, y los escoceses no se habian sujetado á su yugo quando murió en 1307, de edad de 68 años, de los que habia reinado 34. Fuera de lo que acabamos de decir se le notan aun otros defectos; y son, haber recurrido al pontífice romano para obtener dispensa de los solemnes empeños que habia voluntariamente contraido sobre la observancia de la gran carta; accion indigna de un rey, cuya simple palabra debe ser inviolable y sagrada. Se llama á este príncipe Eduardo I., contando desde Guillermo el conquistador, y IV., contando con los de su mismo nombre ántes de la conquista.

Los últimos años del siglo XII. habian visto al trono frances ocupado por el mas grande príncipe que la cuna habia llamado al cetro, despues que habia pasado á la casa de los Capetos. Felipe II., por sobrenombre Augusto, á causa de su carácter sublime y de sus bellas acciones, era, ya habia muchos años, la admiracion de la Europa y el ídolo de su pueblo. La fama de valor y de prudencia, que habia merecido por sus proezas en la guerra de Ultramar, no se habia desmentido quando tomó las ar-

mas para mantener los derechos de su corona, ó para humillar el orgullo de sus vasallos. Tan hábil político como gran soldado, se aplicó tanto á los negocios del Estado y al por menor de la administracion, como á las expediciones militares. La autoridad real se hizo en su reinado mas firme y respetable que nunca, porque supo sostener con vigor sus derechos, y castigar severamente á qualquiera que osase no reconocerle. París se extendió y decoró por sus cuidados; hizo empedrar las calles, y aumentar su recinto. Las otras grandes ciudades de sus dominios fueron igualmente adornadas y reparadas de su orden. Se estableció una policia mas exácta, y los caminos reales mejor cuidados, quedaron libres de los ladrones que los infestaban. Los pueblos vecinos y los príncipes rivales de la Francia no hicieron tentativas contra ella sin tener que arrepentirse. Tales fueron entre otros Ricardo I., Juan Sin-Tierra, y Henrique III., reyes de Inglaterra; Guido de Fouars, duque de Bretaña, y mas que todos el emperador Oton IV., y su aliado Fernando, conde de Flandes, á quienes derrotó en la célebre batalla de Bovina en 1214 con un ejército dos tercios ménos que el de ellos. En memoria de aquel glorioso triunfo fundó Felipe la abadía de la Victoria cerca de Senlis.

Otro suceso de su reinado aun mas importante que una victoria es aquella célebre sentencia de la corte de los Pares, que reunió para siempre á la corona la Normandía y la mayor parte de los demas feudos que los reyes de Inglaterra poseian en Francia. Artus, hijo de Godofre, hermano mayor de Juan Sin-Tierra, debia, como dexamos dicho, subir al trono de la Inglaterra por muerte del rey Ricardo I., que habia fallecido sin hijos. Despojado por su tío, recurrió á Felipe Augusto, soberano del uno y del otro. Este príncipe le prometió su apoyo en una causa en que la justicia necesitaba el auxilio de la fuerza. Con este socorro comenzó Artus la guerra; pero su imprudencia le conduxo á manos de su enemigo, que olvidando la humanidad y todos los sentimientos, le apuñaló por sí mismo, habiéndose negado á hacerlo todos aquellos que habia buscado para este crimen. Una atrocidad tan espantosa horrorizó á todo el mundo; perteneciendo á Felipe, como soberano del delincente, juzgarle y castigarle. Juan Sin-Tierra fué, pues, citado á la corte de los Pares,